



DON RICARDO DONOSO NOVOA



## HOMENAJE A DON RICARDO DONOSO NOVOA

El 7 de enero del año en curso tuvo lugar, en la sede de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el homenaje que la institución había acordado a don Ricardo Donoso Novoa, consistente en la entrega de la medalla de oro de la corporación.

Con este motivo hicieron uso de la palabra los señores P. Alfonso Escudero, González Madariaga y Donoso, el texto de cuyos discursos se publica a continuación.

Como un complemento del homenaje rendido al laborioso escritor, reproducimos dos de sus artículos, uno sobre las *Noticias Secretas de América*, y otro sobre los corresponsales chilenos de don Marcelino Menéndez y Pelayo, ambos publicados en el extranjero, y que por primera vez ven la luz en el país.

### DISCURSO DEL P. ALFONSO ESCUDERO

Señoras y señores:

En sus casi sesenta años de vida, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, ha concedido medallas de oro a don Crescente Errázuriz, don José Toribio Medina, don Gonzalo Bulnes, don Luis Riso Patrón, don Tomás Thayer Ojeda, don Fernando Montessus de Ballore, don Ernesto Greve, al explorador Shackleton y a su salvador el marino chileno Luis A. Pardo.

Esta tarde se la entrega al hombre alrededor del cual ha girado más tiempo nuestra Sociedad; Ricardo Donoso, secretario durante catorce, presidente durante dieciséis y director de la revista por más de treinta años.

Pero don Ricardo Donoso no ha desempeñado esos cargos por ansia de situaciones brillantes. Los ha desempeñado porque la Sociedad necesitaba que los desempeñara.

Y Donoso ha sido siempre un hombre hacedor de cosas y al mismo tiempo un investigador hábil y honesto y un escritor que no conoce el descanso.

Sus obras históricas y su dedicación de siempre a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía hacía mucho tiempo que reclamaban este reconocimiento. Y yo, que he tratado a Ricardo Donoso como amigo durante cuarenta y seis años, me siento ufano de ser quien le entregue la medalla de las figuras egregias.

#### DISCURSO DE DON RICARDO DONOSO

Señores miembros de la Junta de Administración,  
Señoras y señores:

Agradezco profundamente a la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía la alta distinción con que me honra, sentimiento que se intensifica al evocar los insignes nombres de los hombres de letras a quienes se otorgara por sus valiosos y fecundos trabajos.

Ha transcurrido más de medio siglo desde que el patriótico celo del señor Matta Vial echara las bases de la institución, y no sin satisfacción podemos recordar el camino recorrido y la obra realizada, la personalidad de los hombres de ciencia y de letras que contribuyeron a llevarla a cabo, y su contribución al desarrollo de los estudios históricos, geográficos y de sus ciencias afines.

Los fundadores de la institución juzgaron su primer deber rendir el homenaje de su admiración y solidaridad a los historiadores cuya personalidad había rebasado para entonces las fronteras nacionales, y al otorgar su más alta distinción a los señores Errázuriz, Medina y Bulnes, creyó expresar su adhesión al historiador de la conquista del territorio y del nacimiento de la nacionalidad, al laborioso evocador de la obra colonizadora de España y de los grandes descubrimientos geográficos del siglo XVI, que reconstruyó la vida intelectual y el desarrollo de la cultura, y al cantor de la magna epopeya de la guerra del Pacífico.

Una larga consagración a las tareas de la Sociedad justificará la evocación de las ilustres personalidades que nos precedieron, y que infundieron a la institución sus rasgos inconfundibles, de devoción a los

estudios históricos y científicos, y de fervor por el estudio del fundamento de las instituciones, entre los cuales los señores Matta Vial, Alberto y Agustín Edwards, Varas Velásquez, Laval, Carlos Vicuña Mackenna, Thayer Ojeda y Vicuña Cifuentes figuran entre los de la primera generación que dieron animación y vida a esta casa.

Entre ellos ocupan lugar destacado los eminentes hombres de ciencia señores Fernando Montessus de Ballore, Walter Knoche y Federico Ristenpart, con contribuciones de alta importancia en la ciencia sísmológica, astronómica y los primeros estudios científicos sobre la isla de Pascua.

A la misma generación pertenecieron los ilustres hombres públicos señores Domingo Amunátegui Solar, Luis Barros Borgoño, Antonio Huneeus Gana, Alcibíades Roldán y Antonio Varas Herrera, que por el camino de las letras llegaron a las tareas de la enseñanza y de las luchas en la vida pública, y que se habían formado a la sombra del ejemplo de los forjadores de nuestra cultura. Ellos ilustraron con sus valiosos trabajos las páginas de la Revista, y como habían participado en nuestras más apasionadas jornadas cívicas, sentían, no solo el culto de la tradición liberal, sino el amor por las letras y el fervor del servicio público.

En las aulas del Instituto Nacional habían recogido los anhelos e ideales de la cultura intelectual, y como eran los herederos de una tradición cívica, consideraron su deber continuarla, y por ese camino llegaron a los altos cargos de responsabilidad política. Basta recorrer las páginas de sus trabajos en el órgano de la institución para comprobar cómo sus predilecciones iban desde la época colonial hasta la historia política del siglo pasado, pasando por la sociabilidad y la reseña de la vida intelectual.

Estos ilustres servidores públicos habían vivido las horas amargas de la crisis de 1891, de uno y otro lado de la barricada, conocido los azares del período parlamentario y tomado parte activa en la caída del régimen jurídico en 1924. A través de sus testimonios, de sus valiosas reminiscencias, han llegado hasta nosotros los relatos vivos y la emoción de las luchas y los anhelos de otros días, en una tradición histórica continuada a través de tres generaciones.

Junto a ellos mantuvo la tradición familiar y se manifestó devoto de sus disciplinas literarias, el señor don Miguel Luis Amunátegui Reyes, quien presidió los trabajos de la institución en un período difícil, y a quien cupo la tarea de restablecer la normalidad de su funcionamiento,

después de la larga interrupción que experimentara a raíz de la desaparición del señor Matta Vial.

Inolvidable deuda de gratitud tiene contraída la Sociedad, por sus trabajos científicos, con los señores Luis Riso Patrón, Ernesto Greve, Aureliano Oyarzún y Juan Brügger, ilustres chilenos cuyos nombres figuran con altísima honra en nuestros anales y en los del desarrollo intelectual del país, en los campos de la geografía, de la geología, de la historia y de la antropología. Llenas están las páginas de la Revista de los frutos de sus infatigables esfuerzos y de sus laboriosas iniciativas. La monumental tarea llevada a cabo por el primero en su *Diccionario Geográfico de Chile*, y por el señor Greve en su *Historia de la Ingeniería en Chile*, sitúan sus nombres y su acción intelectual entre los más eminentes trabajadores científicos del presente siglo.

La cooperación y los trabajos de un nutrido número de colegas y catedráticos, dieron alto relieve, en la vida espiritual hispano americana, a la revista de la institución, y al expresarles en esta hora para mí inolvidable testimonio de mi gratitud constituye un deber ineludible. Sus nombres están grabados en nuestros anales y en la admiración y reconocimiento de sus colegas.

Debo igualmente una expresión de reconocimiento a los ilustres historiadores jesuitas P. P. Miguel Batllori, Rubén Vargas Ugarte y Francisco Mateos, que han honrado las páginas de la Revista con notables trabajos, así como a los eminentes hombres de letras señores Roberto Levillier, fallecido recientemente, Lewis Hanke y Arthur Whitaker.

Al renovar la expresión de mi gratitud a los señores miembros de la Junta de Administración, por la insigne distinción con que me ha honrado, formulo los más fervorosos votos por la vida de la institución, y porque ella siga ejerciendo en nuestro ambiente intelectual y cívico, la misma enaltecida influencia que ha llenado a lo largo de medio siglo de fecunda y laboriosa existencia.

#### DISCURSO DE DON EXEQUIEL GONZÁLEZ MADARIAGA

Señores:

Hace poco más de un sexenio que se otorgó por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, a don Ricardo Donoso Novoa la calidad de Miembro Académico, y la ceremonia que siguió al acuerdo tuvo la virtud de patentizar los méritos que distinguían al agraciado. La obra



ANVERSO DE LA MEDALLA



REVERSO

del señor Donoso en el campo de la investigación histórica, las publicaciones que ha dado a la estampa, animado por su espíritu nunca en reposo, y la influencia que en el desempeño de estas disciplinas ha irradiado, son cosas que corresponderán escrutar al biógrafo de mañana, aunque esto no puede ser óbice para que en esta intervención nuestra, que obedece a encargo generoso de los colegas de la Junta de Administración, dejemos de aquilatarla someramente.

La ceremonia de recepción permitió hacer un examen de su vida de historiador. Comenzó él por reminiscencias de su época escolar, cuando la mente del individuo se presenta limpia como la superficie de un espejo, pronta para captar las imágenes que el suceder de los acontecimientos va deparando. ¡Quién no sabe que esas impresiones son las más durables que el individuo conserva! Son los recuerdos imborrables de las primeras edades que se suman a los que provienen del atavismo, para formar en suma la personalidad.

Descuellan allí don Enrique Molina, el rector por excelencia, que diera más tarde vida a la Universidad penquista, la que sigue presidiendo para la posteridad desde un busto granítico, y don Alejandro Venegas, el sociólogo más que profesor. Integran el cuadro otras figuras, muchas de las cuales alcanzaron relieve en la vida nacional. La profesión de fe de Venegas, contenida en su libro *La procesión de Corpus* y que Donoso recuerda, es notable y merece recordarse.

La labor literaria de don Ricardo Donoso es enorme, hasta llegar a lindar en lo enciclopédico, privilegio del que disfrutaron pocos ciudadanos en el país. Se admite que el militar por vocación se familiariza desde su infancia con las armas; que el laboratorista se desenvuelve con la soltura de Pedro en su casa entre alambiques y redomas. Donoso está allí, entre archivos e infolios henchido de satisfacción. Es la consecuencia de su celo por la investigación. El señor Donoso Novoa es un investigador consumado.

Se ha dicho que su labor historiográfica comenzó a poco de haber egresado de la Universidad y que desde sus comienzos se encaminó a hacer prevalecer la concepción liberal de la vida, escarmenando en el desempeño de los hombres públicos y en el de los escritores que habían sobresalido en el análisis de los orígenes de la nacionalidad y en la formación de la República, a la par que adentró en el desarrollo del pensamiento liberal de los países de habla castellana. Concordó con el jui-

cio de Vicuña Mackenna acerca del contenido de la biografía, que consiste "en buscar al hombre, desentrañar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su corazón sin lisonjas ni calumnias, estudiarlo en todas sus fases, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia, la del hogar".

Su entusiasmo por el historiador lo llevó a publicar *Don Benjamín Vicuña Mackenna, su vida, sus escritos y su tiempo*, obra que fue premiada por la Universidad. Describe en ella con minuciosidad las actividades literarias y revolucionarias de Vicuña Mackenna, su desempeño público, su vida de político y la actividad inagotable que lo caracteriza como viajero impenitente y observador contumaz. Respetamos la apreciación que rodea al ilustre autor de la *Historia de Santiago*, en cuanto a su talento y su fecundidad como escritor, pero no podemos dejar de anotar que el apasionamiento que lo acicateaba como consecuencia del impulso generoso de su alma creadora, lo llevó a sentar juicios equivocados y a impulsar acuerdos que contribuyeron a la entrega de territorios que eran chilenos por ocupación, por motivaciones de orden jurídico y por razones imperativas de necesidad, lo cual el largo tiempo transcurrido no ha hecho más que confirmar.

La fidelidad a las ideas progresistas lo lleva también a abrazar la causa de don Diego Barros Arana, impugnando a los detractores del historiador y destacando la figura de éste en el periodismo, en sus comienzos, de educador más tarde, y cuya nombradía como historiador se afianza no sólo en Chile sino que en Hispano-América. El ataque a don Diego se ensañó por su gestión diplomática durante la cuestión de límites con Argentina.

Don Ricardo Donoso ha sostenido las ideas liberales, convencido que por este camino servía la verdad y estimulaba las aspiraciones progresistas. Que la ruta que eligió aun antes de abandonar las aulas del liceo talquino no ha sido equivocada, lo confirma el ancho espacio por donde se desenvuelven su fogosa actividad y la satisfacción que experimenta al contemplar, como profesor que sigue siendo, como la humanidad avanza con pasos más acelerados a medida que la investigación científica abre nuevos horizontes. A esta marcha apresurada del progreso en la era contemporánea debe agregarse la calidad de fogueado luchador que le asiste. Su lógica, su razonamiento, los dardos que dispara provocan estridentes resonancias, y es natural que así ocurra dado el ambiente que nos circunda.

Al referirnos a su estructura anímica, por analogía nos asalta otra observación. Ha sido más o menos común en el decurso de nuestras actividades literarias, la presencia de vástagos de una misma familia que han descollado en las letras y, por regla general, al servicio de las ideas liberales.

Los hermanos Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor, a quienes comenzó por unir la responsabilidad del hogar, quebrantado por prematura pérdida del progenitor. Se dice que estudiaban en un mismo texto y que esta asistencia filial armoniza el pensamiento y afianza una colaboración que si la muerte separa la gratitud nacional los une en el bronce. Al mayor lo atrae la investigación histórica y también la política; al menor la enseñanza y la magistratura. La sumisión del uno al otro es tal, que trabajos intelectuales de Gregorio Víctor se entregan a la estampa con la firma de Miguel Luis. Los estudios que este último hizo respecto a los derechos de Chile a la Patagonia, fueron concluyentes, pero cupo al destino disponer otra cosa.

Pasada la segunda mitad del siglo anterior irrumpieron en el periodismo los hermanos Justo y Domingo Arteaga Alemparte, luchando contra el autoritarismo y en son de propaganda de las ideas avanzadas. En su obra *Los Constituyentes chilenos de 1870* hacen la semblanza de ciento nueve figuras del Congreso, de las ciento ochenta y seis que lo integraban, y si la primera la suscribe Justo Arteaga, la que sigue lo hace Domingo, y así va el reparto de la faena, campeando siempre la valentía, la expresión lapidaria y la castiza locución que pugna por ser ecuanime. Uno de sus biógrafos dice que "para ellos no había frase almibarada, ni toques de clarines, ni himnos de victoria". Solían a veces atacar a uno de su misma barricada si el interés nacional así lo aconsejaba.

Decenios después surgen los dos Irrarázaval Zañartu, a quienes se les llama los hermanos de la hidalguía y del talento. Dice Virgilio Figueroa que "no tuvieron el oro patrimonial de algunos de sus parientes, pero, en cambio, labraron el oro más valioso e inextinguible de su propia individualidad, engarzada en la pedrería de la inteligencia". Alfredo canta a la juventud y a la alegría. Con sus *Guitarrazos* embriaga y perfuma la mente de una generación. En 1897 funda con su hermano Galo el diario *La Tarde*, primer jalón del movimiento modernizador de la prensa chilena.

Con destacada actuación en la centuria del mil ochocientos pero, con proyecciones en los primeros decenios de la presente, hallamos a los

hermanos Orrego Luco. Eminente en el ramo de Esculapio fue don Augusto. Sirve la dirección de la Escuela de Medicina, de la que escribe más tarde un libro de recuerdos que se distingue por el estilo de la expresión y por los detalles que contiene del plantel y de los médicos que contribuyeron a darle brillo, lo que atestigua que las letras y la ciencia suelen enlazarse, como ocurre en el caso del historiador Marañón. Fue discípulo de Charcot, célebre médico francés conocido por sus investigaciones respecto el sistema nervioso, especialidad en la que sobresale, y miembro de la Facultad de Medicina. Sus escritos son numerosos, tanto en Chile como en el extranjero, lo que le valió alcanzar la calidad de miembro de la Real Academia Española. Ocupó también una banca en la Cámara de Diputados y desempeñó las carteras de Ministro del Interior y de Instrucción Pública.

La labor literaria de su hermano Luis puede ser considerada más abundante, como novelista y escritor. Colaboró don Luis Orrego con asiduidad en la revista mensual *Selecta*, iniciada poco antes del centenario, donde tuvo a su cargo la sección 'Hechos y Notas' en la que comentaba los sucesos de primerísima importancia que acaecían en el país y en el extranjero. Ocupó también un asiento en la Cámara baja y sirvió carteras ministeriales. Participó durante la revolución del 91 en las filas congresistas, como segundo de un regimiento. Los hermanos Orrego Luco constituyen otro binomio, que aparece unido por las mismas inclinaciones literarias e idéntico fervor por el desarrollo de las ideas y lustre de las letras.

Hemos creído útil el breve recuento anterior para recordar a los hermanos Donoso Novoa. El mayor, Armádo, ha merecido los más cálidos elogios de sus colegas los críticos literarios, ateniéndose a la calidad de sus escritos y a su infatigable laboriosidad que desarrolló, de lo que dan también testimonio todos sus biógrafos. Al cúmulo de trabajo que lo asedia en el periodismo y en la preparación de sus escritos, que por el estilo y la riqueza del material están llamados a sobrevivirle, satisface con fidelidad las funciones que le impone la atención del Departamento de Extensión Cultural, que sirve en la Universidad durante largo tiempo. Y ha sido consenso unánime que siempre y en toda circunstancia se le vio exhibiendo bondad, que en él arrancaba de raíces congénitas.

Agujoneado por el espíritu de selección extraordinaria que fue don Enrique Matta Vial y aprovechando su paso por la dirección de *Pacífico Magazine*, inició la publicación de una serie de entrevistas a figuras res-

petables de las letras y de la vida pública chilena, con el ánimo de recoger impresiones directas de sucesos en que habían participado o habían conocido a través de información oral transmitida por sus familiares o allegados. A lo largo de estas entrevistas se recoge un acopio notable de información que habla del desarrollo de las ideas, de la acción parlamentaria y del desenvolvimiento institucional del país. Tuvo además el acierto de celebrar sus entrevistas seleccionando los personajes por su actividad u orientación filosófica, de manera de ofrecer al observador un resumen completo e imparcial de la vida nacional, en sus diversos campos ideológicos.

Fallecido Armando Donoso tomó su hermano Ricardo la iniciativa de recoger estas entrevistas en un volumen donde llevó, lo que era natural, su intervención de profesor de historia y de investigador. De allí, entonces, que en algunas de las entrevistas introdujo notas aclaratorias en cuanto a las fechas en que los sucesos ocurrieron, o en otras, a las personas que habían intervenido, lo que era consecuencia de que los entrevistados se habían atenido al recuerdo de hechos pasados y que el que entrevistaba respetaba con fidelidad, salvo cuando en el curso de la plática surgía una pregunta que añadiera más claridad a la narración.

La comunidad de espíritu, el amor por la investigación histórica y la cultura intelectual se fundieron estrechamente en los hermanos Armando y Ricardo Donoso Novoa. Constituyen ellos otro ejemplo en esta hermandad de la sangre y de las letras a la que hemos aludido.

Don Ricardo Donoso Novoa está estrechamente ligado al desenvolvimiento de la Sociedad de Historia y Geografía. Durante catorce años ha ejercido la presidencia de ella, del 41 al 54, y ahora vuelve a encauzar su destino. Así mismo, en el largo espacio de ocho lustros ha desempeñado la dirección de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, lo cual acusa una jornada enorgullecedora. Pero su labor que es múltiple, no se ha circunscrito al territorio nacional. El año 54 fue invitado por la Universidad de Miami para servir una cátedra de Sociología Hispanoamericana y, posteriormente, la Universidad de Harvard, uno de los institutos intelectuales norteamericanos que goza de reputación mundial, por su orientación científica y por el respeto que otorga a la expresión de las ideas, lo invitó a desempeñarse como Profesor de Historia Latinoamericana, lo que constituyó una honra para el investigador y también para el país.

A todos estos antecedentes que realzan su personalidad de ordina-

rio tan sencilla, se debe esta sesión extraordinaria que tiene por objeto cumplir un acuerdo adoptado por la Sociedad para otorgarle una Medalla de Oro en expresión de reconocimiento.

Don Aniceto Almeyda, en su *Reseña Histórica de la Sociedad*, recuerda la nómina de las personas que desde el año 1912 la recibieron en forma solemne. Don Crescente Errázuriz, en 1912; al año siguiente, don José Toribio Medina; le sigue don Gonzalo Bulnes; en 1916 el explorador inglés Sir Ernest Schakleton y el Piloto chileno don Luis Pardo Villalón, por haber salvado este último al mando del escampavía *Yelcho* a las tripulaciones del *Endurance*, que se hallaban aprisionadas por los hielos polares en la isla Elefante, del grupo de las Shetland del Sur; en 1918, don Luis Riso Patrón y don Tomás Thayer Ojeda; y en 1919, don Fernando Montessus de Ballore. Entre tales eminentes personalidades toma ahora sitio de honor don Ricardo Donoso Novoa.